

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
La estructura y función de la Iglesia Cristiana	1
La Carta del Divorcio	10
Coloquio sobre la Santa Cena	13
El Observador	20
Bosquejos para Sermones.....	27
Bibliografía.....	48

Publicado
 por
 La Junta
 Misionera
 de la
 Iglesia
 Evangélica
 Luterana
 Argentina

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana.

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia.

Editor: Fr. Lange.

Núm. 19

Tercer Trimestre - 1958

Año 5

LA ESTRUCTURA Y FUNCION DE LA IGLESIA CRISTIANA

por H. Ricardo Klann, B. D., Ph. D.

(Continuación)

Esta única sociedad espiritual que Dios ha creado en el mundo por medio de Jesucristo, el Redentor de la humanidad, posee unas cuantas características distintivas. Nuestros teólogos, a base de las Escrituras, las enumeran así: invisibilidad, unidad, santidad, universalidad y apostolicidad.

Cuando decimos que la Iglesia cristiana es invisible, queremos afirmar que nadie puede saber con absoluta certeza quiénes son los cristianos. Nuestro Señor conoce a los que le pertenecen: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas”, (Juan 10:14). Como ya hemos visto, la Iglesia cristiana es el reino de Dios, y, como Cristo dijo a los fariseos (Lucas 17:20-21): “El reino de Dios no viene con manifestación exterior. Ni dirán: ¡Helo aquí! o ¡Helo allí! porque he aquí que el reino de Dios entre vosotros está.” De este texto sabemos que Dios tiene su Iglesia también entre los enemigos, tales como los fariseos.¹

¹ Es problema de interpretación si aquí debe traducirse “entre” (Versión De Valera) o “dentro” (Versión Moderna); “Mitten unter euch” (Elberfeld) o “inwendig in euch” (Lutero). He aquí unos ejemplos:

a. ...sondern das Reich Gottes ist inwendig in uns, V.21, eine Herzenssache... T. L., Disposition ueber Luk. 17:20-25; C.T.M., II, p. 929.

b. “Inwendig in euch”; jetzt schon in eurer Mitte, ist schon gekommen... Paul Koenig, Predigtentwurfe, Luk. 17:20-30; C.T.M., IX, p. 924.

c. It is here in our midst now, Jesus says, V. 21. W. Arndt Outline on Luke 17:20-25; Cf. Commentary in Luke by W. Arndt.

d. Did Christ mean to say that the Kingdom of God is within

Ya que somos todos seres humanos pecadores, siempre está cerca de nosotros la gran tentación, en cuanto a las actividades congregacionales y misionales se refiere, de que llegamos a considerar como real lo que podemos sentir. En verdad, al hablar acerca de la Iglesia, ya estamos tan acostumbrados a pensar en las organizaciones que hemos creado, y a cuyo cuidado nos hemos entregado como pastores y legos, que con suma facilidad caemos en el engaño de creer que nosotros construimos la Iglesia de Cristo al atender bien las reuniones congregacionales, las ligas de damas y las asociaciones de jóvenes, etc. La prosperidad del Reino de Dios no se revela necesariamente en grandes edificios, vestimenta hermosa, coros buenos y muchísimas reuniones; tampoco en las listas que ostentan centenares o hasta más de mil almas afiliadas. Si esa gente asiste al culto y participa en las actividades de la congregación, pero no pertenece por fe a Cristo ni es propia de él por medio del perdón de los pecados, —en fin, si sus nombres no están escritos en el Libro de la Vida— entonces aunque lleven el nombre de “cristianos”, y aunque traigan su ofrenda para el salario del pastor, entonces no hay nada de progreso en el reino de Dios allí.

El carácter invisible de la Iglesia cristiana es también una fuente de aliento. Cuando encaramos el hecho de que hay

the hearts of the believers? Some commentators deny this, saying that the context forbids such an interpretation, for the Kingdom of God was not within the hearts of the Pharisees to whom Jesus was speaking. These commentators translate “among you”, Christ telling the Pharisees that in order to find the Kingdom of God, they would not have to go far nor wait long for it. Other commentators say that not the “you”, but the “within” was stressed by Christ and that He, indeed, meant to stress the spiritual nature of the Kingdom of God as is effected in the hearts of believers. This, after all, is the thought that must be stressed over against the wrong conception which the Pharisees had of the Kingdom of God. J.H.C. Fritz, Outline on Luke 17:20-25 C. T. M. XVIII, p. 842.

e. When is the Kingdom finally coming? And Jesus says, It is here, it has come... Christ replies: Lo, it is here, has been here for some time. The Kingdom is where Christ, the King, is; and it comes in His word. Theo Hoyer, Outline on Luke 17:20-30; C. T. M., XVII, p. 851.

f. The Kingdom of God is here, it is among you in your midst, but you do not see it... Paul Bretscher, Study of *entós* in Luke 17:21 17:21; C.T.M. XV, p. 735.

multitudes de gente sin Iglesia en América del Sur y tantos todavía en nuestro Distrito que aún no han sido ganados para el Evangelio, (para no mencionar las multitudes en el exterior), cuando miramos el grupo pequeño de cristianos fieles en nuestras congregaciones, puede ser que estemos inclinados a rendirnos al sentimiento de que somos tan pocos e insignificantes que el futuro del reino de Dios es todo menos glorioso y alentador. El profeta Elías una vez sentía lo mismo. Leemos su lamento ante Dios: "Los hijos de Israel han desechado tu pacto, han derribado tus altares, y han muerto a cuchillo a tus profetas; y he quedado yo, yo solo; y buscan mi vida para quitármela." A este lamento replicó Dios: "Mas yo me reservé en Israel siete mil; el total de rodillas que no se han doblado ante Baal, y todas las bocas que no le han besado", (1 Rey. 19:14,18). No podemos contar el número de aquellos en quienes influyó nuestra predicación del Evangelio y que ahora pertenecen a Cristo. Tampoco debemos desanimarnos por nuestra incapacidad de verlo, pues vivimos por la fe y no por la vista. Nos basta tener la seguridad de que su Palabra "no volverá sin fruto, mas efectuará lo que él quiere y prosperará en aquello a que él la envió." (Isa. 55:11). Tal como antaño Elías, también nosotros nos llevaríamos una sorpresa muy grande al saber cuán numeroso es el rebaño que Cristo ha congregado para sí aquí en la tierra actualmente.

La **unidad** es otra característica de la Iglesia cristiana en la tierra. Hay solamente una Iglesia, que tiene un Señor, un Evangelio, un Bautismo. La unidad no es fabricación humana, mas es concedida por Cristo mismo. Con nuestros ojos vemos un sinnúmero de denominaciones visibles, muchas veces disputando entre sí, pero esto no quiere decir que la Iglesia cristiana misma está dividida.¹ Cada persona en quien el Espíritu Santo ha engendrado la fe, cada persona que invoca a Cristo su Señor, es parte del reino de Dios que es la Iglesia cristiana universal, la comunión de los santos. Dentro de las distintas denominaciones, católicos orientales, católicos occidentales, pro-

¹Contraria parece ser la opinión de Schwittay, op. cit., T. 60, p. 142: "Leider ist durch menschliche Schuld auch in der christlichen Kirche im Laufe der Jahrhunderte die Tatsache geschaffen, dass aus der einen, heiligen, christlichen Kirche eine Vielfalt von Kirchen entstand."

testantes, hay sin duda muchos que pertenecen a Cristo mismo. Pero, el estar afiliado a estas denominaciones que predicán doctrinas falsas juntamente con el Evangelio, no los hace automáticamente miembros de la comunión de los santos. Solamente la fe viva que cree que Jesucristo es su Redentor del pecado, puede hacerlos miembros de la Iglesia. Y en este respecto es necesario que usemos de cuidado para no erigirnos a nosotros mismos en jueces sobre la fe de otras personas. Por más débil que sea la fe del individuo, por más equivocado que esté en el detalle de la presentación y confesión de su fe, por más elemental que sea referente al conocimiento exacto de la verdad, por más deficiente que sea en su conducta, —si invocare a Jesús el crucificado, será oído, tal cual fué oído el malhechor en la cruz al lado de Jesús. Dice Isaías: "No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aún humea" (42:3).

La unidad de la Iglesia de Cristo es un hecho que debemos recordar especialmente cuando se trata de nuestra actitud y relación con los miembros de otras denominaciones. Ciertamente no se hallan todos los cristianos dentro de la Iglesia luterana-sínodo de Misurí, tampoco dentro de la Iglesia luterana. La Iglesia cristiana y universal, o sea, el Reino de Dios, desconoce semejantes fronteras de organizaciones. El individuo no llega a ser cristiano por medio de afiliarse a cierta denominación, ni aun a la Iglesia luterana-sínodo de Misurí, mas llega a ser cristiano por creer, confesar y vivir el Evangelio de Jesucristo, nuestro Señor. Esto no significa de ninguna manera que los luteranos tenemos que modificar nuestra afirmación de que la Iglesia luterana es la verdadera Iglesia visible en la tierra. Significa, sin embargo, que, cuando estamos obligados a juzgar las doctrinas de otros cristianos, no podemos juzgar si la fe en sus corazones los hace miembros de la comunión de los santos. Este juicio Dios lo reserva para sí mismo. Tengamos sumo cuidado, pues, de no repetir el error de la Iglesia romana que sostiene, en efecto, que ella es idéntica con la Iglesia invisible de Cristo. La distinción que Dios reconoce es la distinción entre creyente y no creyente, y no es una distinción entre varias denominaciones. Nos conviene, entonces, reconocer a aquellos cristianos afiliados a otras denominaciones y animarlos a que confiesen y luchen por las verdades fundamentales de la fe cristiana. Por supuesto, esto no significa que

en los esfuerzos por lograr la unidad externa con otros cristianos, hemos de cerrar los ojos ante las diferencias en doctrina.

En el tercer artículo del Credo apostólico confesamos: "Creo en la santa Iglesia cristiana." Esta santidad de la Iglesia cristiana no es una característica que los cristianos han ganado o hecho por sí mismos. La santidad de los cristianos no es fabricación propia. No son llamados "santos" porque su conducta sea irreprochable. El Señor sabe muy bien que los cristianos también son pecadores. Confesamos con S. Pablo: "Mas veo otra ley en mis miembros, batallando contra la ley de mi ánimo, y llevándome cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros. ¡Oh hombre infeliz que soy! ¿quién me libertará de este cuerpo de muerte?" (Rom. 7:23, 24). El viejo Adán, o sea, el pecado original, todavía tiene tanto poder en nosotros que nos echa como a endemoniados en toda suerte de pecados, a pesar de que tenemos conocimiento mejor. Por eso, no podemos imaginarnos una santidad de buena calidad, lograda por nuestros propios esfuerzos.

Pero, cuando la Escritura llama a los cristianos una "nación santa" (1 Ped. 2:9) esto no es una mera figura retórica para dar realce al estilo literario. Somos verdaderamente santos, justos y perfectos ante los ojos de Dios, porque estamos revestidos con la santidad de Cristo. Lo que Cristo ganó por nosotros, esto somos, y ahora él lo da a nosotros por medio de la fe en su Evangelio, como leemos: "Mas habéis sido lavados, mas habéis sido santificados, mas habéis sido justificados, en el nombre del Señor Jesucristo y por el Espíritu de nuestro Dios," (1 Cor. 6:11).

Lo que Dios aplica a nosotros aquí en esta vida, gracias a nuestro Redentor, esto será perfeccionado en la vida venidera. Entonces se sanará lo que hay de desquiciado en nuestras vidas. Estaremos libres de todos los desperfectos del pecado que ahora obran todavía en nosotros; seremos como él es, según dice el Apóstol: "¡Mirad, qué manera de amor nos ha dado el Padre para que seamos nosotros llamados hijos de Dios! y así en efecto lo somos. Por eso el mundo no nos conoce a nosotros, por cuanto a él no le conoció. Amados míos, ahora somos hijos de Dios; y todavía no ha sido manifestado lo que hemos de ser; sabemos empero, que cuando él fuere manifestado, nosotros seremos semejantes a él, porque le ve-

remos tal como es. Y todo aquel que tiene esta esperanza puesta en él, se purifica, así como él es puro", (1 Juan 3:1-3).

Por lo tanto, es correcto e importante que nunca nos olvidemos de que la Iglesia, es decir, los miembros que constituyen la Iglesia, son santos por virtud del maravilloso acto divino de la justificación. Es cosa buena que este hecho sea proclamado constantemente desde nuestros púlpitos, y es igualmente importante que nuestra gente sea exhortada celosa y continuamente a producir los frutos de la justificación, los frutos de una vida santa, llevada de acuerdo a la santa voluntad de Dios. Nunca debe haber una actitud de despreocupación en cuanto a esto, porque nuestro Dios es un Dios celoso que exige a nosotros los resultados. "La fe sin obras es muerta", (Sant. 2:20). Por ende, no podemos afirmar con fundamento que tenemos la fe cristiana, a no ser que hayamos llegado a ser nuevas criaturas, con actitudes nuevas y santas y obras que agraden a Dios.

Cuando nuestros maestros hablan de la catolicidad o universalidad de la Iglesia cristiana, ellos quieren decir, a base de las Escrituras, que la Iglesia no está limitada a cierta localidad o a cierto grupo de gente. El campo donde trabaja la Iglesia es el mundo. Personas de todas las razas (incluso la criolla), y de todas las condiciones (incluso los de cultura inferior), y de todos los periodos de la historia (incluso la época actual), pueden ser partes de la Iglesia de Cristo. Nunca hubo salvación para persona alguna menos por medio de Jesucristo. En todos los lugares, el ser humano llega a ser miembro de la Iglesia cristiana de la misma manera: por la fe en Cristo nuestro Señor. Este Evangelio nunca cambió, y jamás cambiará. Por la predicación de este Evangelio Dios llama para sí a la Iglesia, contra la cual no pueden prevalecer las puertas del infierno.

Esta prédica es la misma que predicaron los apóstoles, y sobre este fundamento, con Cristo mismo como piedra de ángulo, quedará la Iglesia para siempre, y por eso hemos enseñado que la apostolicidad es la última característica de la Iglesia cristiana. Todo predicador tiene el derecho de predicar solamente la Palabra de Dios, es decir, la doctrina de los profetas y apóstoles. Ningún descubrimiento que logre hacer la ciencia puede cambiar este Evangelio, y ninguna interpreta-

ción filosófica puede substituir la Palabra divina. Esta ha de quedar para siempre sin cambio, sin agregado ni omisión algunas. Es muy importante que esta verdad reciba énfasis continuo en las congregaciones, porque, según el espíritu del tiempo actual, se ha popularizado la idea de que la ciencia y la filosofía pueden darnos, tal vez, en cuanto se refiere a los misterios de la existencia y el destino humanos, un entendimiento más exacto y más acertado que aquel entendimiento que la Palabra profética más firme puede darnos. La doctrina de la apostolicidad de la Iglesia nos obliga a tener una fe más firme y más penetrante en que las cosas anunciadas por los apóstoles eran completamente verdícas y que ellos han sido testigos veraces de las grandes obras de Dios, realizadas en Jesucristo. Aquí no debe haber duda, porque el Evangelio es verdad, no solamente en sentido general, mas es verdad para cada uno de nosotros en particular. Tenemos el derecho y el deber de ser muy serios en este asunto, porque según la Palabra con que Dios habla a nosotros, seremos juzgados a su debido tiempo. Este hecho hace resaltar que la Iglesia cristiana es algo radicalmente distinto de una mera entidad social o una institución visible, organizada según el entendimiento momentáneo y la comodidad terrenal de los hombres. Cuando se trata de la Iglesia cristiana, estamos andando en el terreno donde actúa el Santo Dios; estamos en el Reino de gracia.

La Iglesia cristiana es invisible porque nadie puede mirar en el corazón de otro para juzgar si aquel es o no es cristiano. Por lo tanto, es cuestión muy importante: ¿cómo podemos reconocer la presencia de la Iglesia cristiana? No es de ningún modo bíblica aquella doctrina que afirma que la Iglesia está allí donde está el obispo, tampoco es doctrina bíblica la que afirma que la presencia de la Iglesia depende de la existencia de un clero ordenado "legítimamente". Tampoco es verdad que se halla la Iglesia allí solamente donde hay edificios, instituciones u organizaciones eclesiásticas. Por el contrario, puede ser que apenas existe allí la Iglesia, o que ni aún existe allí.

La respuesta a la pregunta: ¿cómo podemos reconocer la presencia de la Iglesia de Cristo? es respuesta bastante sencilla: Existe allí donde se predica la Palabra. Por medio de esta Palabra llega a ser la Iglesia (ekklésia). Propiamente

dicho, creemos, enseñamos y confesamos que la Iglesia cristiana "es la congregación de los santos, en la cual el Evangelio es rectamente enseñado y los sacramentos son administrados con rectitud", (Confesión de Augsburgo, Art. 7). Estos son los medios de gracia, allí está la Iglesia, y no importa que el mundo tome nota de ella o no.

Aquí conviene tratar la cuestión de si la Iglesia de Cristo tiene un "aspecto visible", ya que la administración de los Sacramentos claramente representa una actividad visible. La respuesta tiene que ser: No; que ella no tiene un aspecto visible. Estas actividades no son parte de la estructura de la Iglesia, como tampoco son parte de la estructura del cuerpo humano la comida y la bebida. Sin embargo, tal cual decimos que el cuerpo humano que come alimento y toma bebida es cuerpo viviente, y no es cadáver, así podemos decir con respecto a la congregación de los santos que reconocemos su presencia por medio de las señales (*notae*) peculiares, o sea los medios de gracia.

Por esta razón, las Escrituras usan el término "iglesia" para designar una congregación visible. Leemos de la iglesia en Jerusalén (Hechos 5:11), y de las iglesias en Galilea, en Samaria y a través de Judea (Hechos 9:31), de la iglesia en Antioquía (Hechos 13:1), de "la iglesia que está en Cencrea" (Rom. 16:1), la iglesia que está "en la casa" de Priscila y Aquila (Rom. 16:5); "las iglesias de Cristo saludan a la iglesia en Roma" (Rom. 16:16); "La iglesia de Dios que está en Corinto (1 Cor. 1:2), las siete iglesias en Asia (Apo. 1:4, 11, 20, 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13,22); "Si pues toda la iglesia estuviese reunida en un mismo lugar" (1 Cor. 14:23), "y habiéndoles nombrado ancianos en cada iglesia" (Hechos 14:23), etc.

¿Qué es la relación entre las iglesias locales y la Iglesia universal? Ya que hay iglesias visibles, ¿será necesario modificar lo que acabamos de afirmar con respecto a la estructura de la Iglesia universal? De ninguna manera. La Iglesia universal y las iglesias locales no son dos iglesias distintas, tampoco dos clases de iglesias. La Iglesia universal se compone de todas las iglesias locales en unión con aquellos creyentes que, gracias a circunstancias particulares, no pueden afiliarse a una congregación local. Cuando hablamos de la congregación cristiana o de la iglesia local, siempre nos referimos sólo

a los cristianos o sea creyentes dentro de la comunión visible. Las congregaciones, también, consisten sólo de creyentes... Cuando Pablo escribe a la congregación en Corinto, él se dirige "a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos", (1 Cor. 1:2). Cf. Pieper "Christian Dogmatics" III, Ed. en inglés, p. 419-420.

Estas congregaciones visibles no se organizan por opción humana, mas existen por voluntad de Dios; no son estructuras sociales, mas son instituciones divinas en las cuales los cristianos tienen el deber de reunirse. Siempre hubo gente que llevaba el nombre de cristiano, pero que enseñaba que cada uno está libre para ser o para no ser miembro de la congregación cristiana. Esta opinión motivó al Dr. Walther en 1880 a escribir su famoso tratado: "Del deber del cristiano de afiliarse a una congregación ortodoxa." En forma de bosquejo, resumimos su presentación: "Mantenemos: (1) Ya que es la voluntad y orden de Dios que los cristianos que viven en una localidad no solamente lean la Palabra de Dios privadamente, sino que también tengan comunión los unos con los otros, escuchen la Palabra de Dios predicada públicamente, y a este fin establezcan el ministerio público entre sí y habiéndolo establecido, lo usen; y (2) Ya que es el deber no solamente del cristiano como individuo sino también de la congregación en conjunto, que amonesten y reprueben al hermano equivocado, es deber de toda la congregación que ella practique la disciplina cristiana; y (3) Ya que especialmente la celebración de la Santa Cena no es solamente una costumbre eclesiástica sino también un mandato divino para ejercer la comunión fraterna (1 Cor. 10:17; 1 Cor. 11:17-21, 33); por lo tanto, la formación de congregaciones cristianas y la afiliación a ellas no es mandato humano, sino que es orden divina. Por consiguiente, nuestras iglesias no aceptan ninguna "renuncia" por parte de los miembros de la congregación cristiana, porque ni un individuo, ni una congregación entera tiene la autoridad de conceder una dispensación de una institución divina", (Pieper, III, Ed. en inglés, p. 421). (Hierauf gruendet sich unsere kirchliche Praxis, dasz wir keine "Resignation" von der Gliedschaft in der christlichen Gemeinde annehmen, weil weder einzelne Personen in der Gemeinde noch eine ganze Gemeinde

Macht hat, von einer goettlichen Ordnung zu dispensieren", (Pieper, "Christliche Dogmatik", II, 485).

Pero el unirse las congregaciones en sínodos, conferencias, o iglesias, no fué instituído por Dios. Estas organizaciones existen por arreglo humano. Dr. Walther dijo correctamente: Una asociación de varias congregaciones que forman un cuerpo eclesiástico mayor con su poder ejecutivo, por ejemplo, un sínodo con la autoridad de inspeccionar, una comisión directiva; un consistorio; un obispo; etc., no existe de derecho divino, mas es arreglo humano y por lo tanto no es absolutamente necesario. De esto no puede haber duda porque no hay mandato divino que obliga a formarlo. (Pastorale, p. 393).

LA CARTA DE DIVORCIO

Entre muchos protestantes prevalece la opinión de que, en la Iglesia Católica, el matrimonio es tenido por santo e indisoluble, ya que allá se acepta como un sacramento. Tanto más se asombran si se dan cuenta de que, a veces, católicos divorciados, al casarse de nuevo, gozan de la bendición nupcial. En los siguientes casos la Iglesia Católica bendice la unión de divorciados:

1. Si en las primeras nupcias contrajeron enlace sólo en el registro civil.

2. Si el matrimonio precedente, además de realizarse en el registro civil, fué bendecido por un ministro no católico. Tal celebración del matrimonio sucede muchas veces en casos de matrimonios mixtos.

Los sacerdotes católicos encuentran la motivación para tal práctica en el código del derecho canónico que es obligatorio para ellos. Este código distingue, no sólo entre matrimonios permitidos y válidos, sino también entre forma válida y no válida de casamiento. Para hombres católicos un matrimonio que existe desde años, puede ser declarado como no existente por causa del casamiento formalmente no válido.

El canon 1094 dice: "Sólo aquellos matrimonios son válidos que fueron bendecidos por el sacerdote, o por el ordinario local, o por un sacerdote delegado, y esto delante de dos